

De otras encrucijadas

Rolando Cordera Campos

Como avalancha y sin clemencia caen las noticias de la semana. Consumidores y productores por igual, informa el INEGI, pierden su confianza en el mercado y sus expectativas como agentes económicos parecen desplomarse. De seguir así, no puede sino esperarse que el consumo decaiga, en especial el de los bienes durables, y que la inversión se inhiba aún más.

Las tremendistas profecías de los líderes empresariales, lanzadas al calor del asesinato y el secuestro, son oportunismo corriente pero sacan a flote la deriva declinante en los planes de expansión de las empresas, diseñados antes de la tragedia del fin de semana. A la incertidumbre que domina la época, habrá que añadir ahora la paranoia demagógica de los pastores de la patronal. Por si faltara.

De combinarse e imponerse estas tendencias, tendríamos el círculo vicioso de caídas en el crecimiento del consumo o su estancamiento, menos empleo y remuneraciones, menor demanda e inversión a la baja. Un círculo que de vicioso puede volverse perverso de darse las peores previsiones sobre la economía americana, acosada por desplomes financieros pero todavía peleando por no caer en una abierta y profunda, además de larga, recesión.

Nuestra apuesta por la liga mayor del Norte asoma su cara costosa y nada generosa: si las importaciones de Estados Unidos caen, nuestras ventas foráneas harán lo propio y los nuestros enfrentarán todavía más obstáculos para cruzar el Paso del Norte y mantener su empleo en aquellas tierras.

Punto, y seguido: según Everardo Elizondo, vicegobernador del Banco de México, “no se ve el fin en el alza mundial de precios” (El Economista, 07/08/08). La “estanflación” (mezcla aberrante de estancamiento productivo con inflación) se abre paso en el horizonte cercano del planeta mientras la globalización se ve cercada por incrementos acentuados en los costos del transporte y del conjunto de las materias primas, y muchas empresas empiezan a corregir cálculos y revisar estrategias de inversión y localización (Véase el espléndido reportaje de Larry Rother, The New York Times, 02/08/08).

La coyuntura es oscura pero, a la vez, como suele suceder, abre posibilidades que solían desdeñarse cuando el optimismo privaba. Una de éstas es una revaloración del territorio mexicano como plataforma de producción y exportación por parte de la inversión internacional, que a su vez abriría oportunidades en materia de políticas de fomento y desarrollo tecnológico que igualmente se despreciaban cuando no se hablaba sino del “NAFTA Plus” y de la magia del mercado.

Pero para volver realidad estas oportunidades hay que arriesgarse a hacer cambios de política y estrategia, que convoquen y alienten la cooperación social y política, más que

darle circulación a la lista de espera de los íntimos. Obstinar en más de lo mismo no lleva sino al cambio por su peor cara.

Vivimos ya, de nuevo, tiempos duros en la economía, cuando una parte considerable de la población ni siquiera olió los buenos momentos del “ascenso” de la clase media, materializado en el incremento del consumo de bienes durables y en el auge cruel de la construcción de casas. Lo que hoy tenemos y tendremos es penuria mayoritaria y aplanamiento de ánimos a lo largo y ancho de la pirámide.

Mala época para hacer “populismo penal” y convocar a guerras de atrición que pueden devenir secesión: así lo ha hecho, infortunadamente, el presidente Calderón al, aquí sí, “politizar” la tragedia que sufre la familia Martí, condenar la consulta energética y echar la culpa de nuestra más amenazadora crisis como Estado a sus adversarios políticos, en este caso el jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Las seguridades alimenticia, energética, en el consumo y el empleo, están en juego. Nuestra seguridad como comunidad ya no lo está, porque el mecanismo de la seguridad pública y nacional en su conjunto está horadado y al borde del colapso.

Se trata de una crisis mayor en cuyo fondo puede estar sin más la catástrofe. Es la hora de la unidad de los mexicanos, sin duda, pero no a golpe de infundios ni de arrinconamientos demagógicos. Con eso, sólo se echa sal sobre heridas no cicatrizadas y se juega al aprendiz de brujo, pero cargados y rodeados de dinamita. Como en Ciudad Gótica.